

Entonces eran ya un pueblo degenerado y corrompido. Atenas acababa de sacudir el yugo de los Pisistrátidas, y apreciaba con entusiasmo su nueva libertad. Esparta olvidó en el ardor del patriotismo todas sus rivalidades, y se unió cordialmente á sostener y defender la pátria comun. Los Persas en esta contienda no tenían mas ventaja que la del número, adversario desigual, si lucha con heroísmo y superiores conocimientos militares.

LECCION XII.

GUERRA ENTRE GRECIA Y PERSIA.

1. LA ambicion de Dario, hijo de Histaspes, exaltada por la venganza, le hizo proyectar la conquista de Grecia. Los Atenienses habian ayudado al pueblo de Jonia en una tentativa que hizo para sacudir el yugo de Persia, y quemaron á Sardis, capital de Lidia. Dario redujo muy luego á los Jonios, y volvió sus armas contra los Griegos, sus aliados. El desterrado Hippias solicitaba ansiosamente la expedicion.

2. Despues de una intimacion insolente para que se le sometiesen, rechazada con menosprecio por los Griegos, comenzó Da-

rio la invasion por mar y tierra. La primera escuadra persiana naufragó al doblar el promontorio de Athos, y la segunda de seiscientas velas, asoló las islas griegas, mientras un ejército inmenso desembarcó en Eubea, y se derramó impetuosamente por el Atica. Los Atenienses lo recibieron en la llanura de Maraton, y á las órdenes de Milciades lo derrotaron con prodigiosa matanza. (490 A. C.)

3. Atenas pagó á Milciades con la mas odiosa ingratitud su esclarecido mérito, señalado tan utilmente en esta gran batalla. Acusáronle de traicion, porque no fué feliz en un ataque dado á la isla de Paros, le sentenciaron á muerte, y le conmutaron esta pena en una multa de cincuenta talentos. Como no pudo pagarla, le pusieron en la cárcel, donde murió de sus heridas.

4. Empero, Temístocles y Aristides sostuvieron noblemente en la guerra contra los Persas la gloria de su pais ingrato. A Dario sucedió Xerxes, hijo suyo, que heredó la ambicion sin los talentos de su padre. Armó, segun es fama, cinco millones de hombres para la conquista de Grecia, con mil doscientos buques de guerra y tres mil transportes. Desembarcó en Tesalia, y siguió marchando rápidamente hácia las Termópilas, desfiladero estrecho en el *Sinus Maliacus*.

Los Atenienses y Espartanos, auxiliados tan solo por los Téspios, Plateos y Eginetes, determinaron contrarestar al invasor. Para defender el importante paso de las Termópilas se comisionó á Leonidas, rey de Esparta, con seis mil hombres. Xerxes, despues de una vil tentativa de corrupcion, le intimó imperiosamente que rindiese las armas. *Ven á tomarlas*, contestó Leonidas. Por espacio de dos dias lucharon los Persas en vano para forzar el paso, y repetidas veces fueron rechazados con gran matanza; mas al fin descubrieron una senda oculta, y desde entonces fué ya desesperada la defensa, Leonidas, conociendo la destruccion cierta, que le aguardaba, mandó retirar sus tropas, á excepcion de trescientos compatriotas suyos. Su objeto fué dar á los Persas una idea exacta del espíritu de los enemigos que iban á combatir. El y sus valientes Espartanos perecieron sobre montones de cadáveres enemigos. (480 A. C.) Alzóse en su honor un monumento en aquel lugar, con la inscripcion siguiente, que dictó Simónides: *Estrangero: di á Lacedemonia que aquí hemos muerto, obedeciendo sus leyes.*

5. Desatáronse los Persas sobre Atica. Los habitantes de Atenas, despues de asegurar en las islas á sus mugeres é hijos, se embarcaron en su escuadra, abandonando la

ciudad, que fué tomada por los Persas, saqueada y abrasada. La escuadra Griega de trescientas ochenta velas fué atacada en el estrecho de Salamina por la Persiana, que subia á mil doscientas. Xerxes presenció desde una altura en tierra la total derrota de su escuadra, y huyó precipitado á la otra parte del Helesponto. Otro reves aguardaba á su ejército: Mardonio á la cabeza de trescientos mil hombres fué totalmente desbaratado en Platea por el ejército combinado de los Atenienses y Lacedemonios. (479 A. C.) En el mismo dia destruyeron los Griegos en Micala los restos de la escuadra Persiana. Asi acabaron los proyectos ambiciosos de Xerxes, y poco despues terminó un asesinato su vida mezquina. Sucedióle en el trono de Persia su hijo Artaxerxes Longimano. (464 A. C.)

6. El carácter nacional de los Griegos estaba entonces en su su mayor altura. El peligro comun habia acallado los resentimientos parciales entre los estados, y los habia unido como nacion. Empero, estos resentimientos se renovaron con la seguridad. Esparta se opuso mezquinamente á la reedificacion de Atenas; y esta, alzándose con esplendor de sus cenizas, vió con gusto que un terremoto despobló á Esparta, y vaciló en auxiliarla en aquel momento de ca-

lamidad y angustia contra una rebelion de sus esclavos.

7. Cimon, hijo de Milciades, despues de espeler á los Persas de Tracia, atacó y destruyó su escuadra en la costa de Panfilia, y desembarcando sus tropas, gaó el mismo dia á su ejército una victoria señalada. Las astucias de su rival Pericles le suplantaron en el favor público, y sufrió un destierro temporal; mas solo para volver de él con mayor popularidad, y señalarse mas y mas en servicio de su ingrata pátria. Atacó y destruyó totalmente la escuadra Persiana de trescientas velas, y desembarcando en Cilicia, completó su triunfo con la derrota de trescientos mil Persas mandados por Megabises. (460 A. C.) Artaxerxes tuvo la prudencia de pedir la paz, y los Griegos se la concedieron en los términos mas honrosos para su nacion. Estipularon la libertad de todas las ciudades Griegas del Asia, y que las escuadras de Persia no se acercaran á sus costas desde el Euxino hasta el último límite de Panfilia. Los cincuenta años últimos fueron el periodo de mayor gloria para los Griegos, y debieron toda su prosperidad á su union. La paz con Persia, que la debilitó, renovó las disensiones entre los estados predominantes, los desórdenes interiores de cada uno, y la flaqueza nacional.

8. El espíritu marcial y patriótico empezó á declinar visiblemente en Atenas. La comunicacion con el Asia y la importacion de sus riquezas, introdujeron el gusto de las costumbres y lujo asiático. Sin embargo, este espíritu de lujo en los Atenienses recibió la direccion del génio y del gusto: condujo al cultivo de las bellas artes, y el siglo de Pericles fué la era del esplendor mas grande y la mayor magnificencia interior de Grecia.

LECCION XIII.

SIGLO DE PERICLES.

1. PERICLES gobernó á Atenas con autoridad poco menos que arbitraria, y Atenas pretendia en aquel tiempo al mando de Grecia. Tuvo á los estados aliados suyos en la sujecion mas absoluta, y gastó los subsidios que daban ellos para la defensa nacional en magníficos edificios, juegos y fiestas. Los estados tributarios se quejaron amargamente, mas no osaron pedir cuenta de su conducta á aquella república dominadora; y la guerra del Peloponeso, que dividió la nacion en dos grandes partidos, obligó á las ciudades inferiores á subordinarse mas y mas á las predominantes.

2. El estado de Corinto se había incluido en el tratado último entre Atenas y Esparta. Los Corintios hacían la guerra al pueblo de Corcira, colonia antigua suya, y ambas partes solicitaron el favor de Atenas, que se decidió por los de Corcira. Los Corintios se quejaron de esta medida, no solo por que la consideraban como infracción del tratado con Esparta, sino porque era contra la regla general de la política nacional, de que ninguna potencia estrangera interviniere en las disensiones entre las colonias y sus metrópolis. Por este motivo estallaron las hostilidades entre Atenas y Lacedemonia, sostenidas por sus respectivos aliados. En Tucídides se halla el pormenor de esta guerra, llamada del Peloponeso, que duró veinte y ocho años, con vária fortuna. Antes de que terminase murió Pericles: fué ornamento magnífico de su pátria, pero corrompió sus costumbres. Alcibiades tuvo una carrera semejante, con iguales talentos y ambición, y aun menos pureza de principios morales. En el intervalo de una tregua con Esparta, proyectó inconsideradamente la conquista de Sicilia, y habiéndose frustrado la tentativa, le acusaron de traición y le condenaron á muerte. No dudó en vender sus servicios primero á Esparta y luego á Persia, para vengarse de su pátria.

Finalmente, compró su reconciliación con ella, vendiendo á la potencia que le sostenía, y volvió á ser en Atenas el ídolo de un populacho tan versátil como despreciable.

3. La derrota funesta de la escuadra Ateniense en Egos Potamos, donde triunfó Lisandro, redujo á Atenas á la última estreñidad, y los Lacedemonios la bloquearon por mar y tierra. La guerra terminó en la sumisión absoluta de los Atenienses, que convinieron en inutilizar las fortificaciones de su puerto, limitar su escuadra á doce buques, y no acometer en adelante ninguna empresa militar sino á las órdenes de los Lacedemonios. (405 A. C.)

4. Este mismo Lisandro, que terminó la guerra del Peloponeso de un modo tan glorioso para Lacedemonia, se ve acusado por la historia de la primer grande infracción de la constitución de su pátria, cometida en la introducción de oro en ella. Lisandro abolió en Atenas el gobierno popular, y le substituyó el poder absoluto de treinta tiranos. Los ciudadanos mas eminentes huyeron de su pátria opresa; pero al fin reunió Trasíbulo un puñado de patriotas, atacó, venció, y espelió á los usurpadores, y restableció la democrácia, afianzándola con la amnistía concedida á los partidarios de los treinta tiranos.

5. Un suceso de aquel tiempo echó más infamia sobre el nombre Ateniense que su humillación nacional; hablamos de la persecucion y muerte de Sócrates, que era el modelo de cuántas virtudes enseñaba. Los sofistas, irritados contra él à causa de que esponian su fútil lógica al desprecio público, le acusaron de impiedad, porque se desentendia de las supersticiones populares, elevándose al conocimiento de un Ser Supremo, criador y conservador del mundo, y à la creencia de la inmortalidad del alma, y de un estado futuro de retribucion y castigo. Defendióse con la fortaleza y serenidad que inspira la inocencia, pero en vano: sus jueces eran enemigos personales suyos, y le condenaron à morir envenenado con la cicuta. (397 A. C.) Esta iniquidad, que aun horroriza à las almas virtuosas despues de veinte y dos siglos, jamas debe olvidarse por la intolerancia fanática y proscriptora.

6. A Dario Noto sucedió en el imperio de Persia su hijo mayor Artaxerxes Mne-mon. Su hermano menor Ciro proyectó destruirle, y auxiliado por trece mil Griegos, le dió batalla junto à Babilonia, mas fué derrotado y muerto. El resto del ejército Griego, que constaba de diez mil hombres, hizo à las órdenes de Jenofonte una retirada asombrosa, atravesando mas de quinientas

leguas de pais enemigo, desde Babilonia à las playas del mar Euxino. Jenofonte escribió una espléndida historia de esta expedicion; pero ha pintado à Ciro con colores muy lisongeros, sin censurar en lo mas leve su criminal ambicion.

6. Las ciudades griegas de Asia habian tomado el partido de Ciro. Esparta estaba obligada à defender à sus compatriotas, y por consiguiente se envolvió en una guerra con Persia. Si Atenas hubiera agregado sus fuerzas, habrian podido los Griegos desafiar y arrostrar otra vez el poder del Asia; pero la envidia tuvo divididos à los estados de Grecia, y aun los hizo enemigos, y el orde Artaxerxes excitó una liga general contra Lacedemonia. Agesilao, rey de Esparta, sostuvo por algun tiempo el honor de su patria, y ganó en Asia algunas batallas importantes; pero en Grecia se perdieron otras, y una derrota naval junto à Cnidos destruyó completamente la escuadra de Lacedemonia. Al fin los Espartanos, para evitar su total destruccion, pidieron la paz, y la obtuvieron, sacrificándose à Persia todas las colonias asiáticas. (387 A. C.) Artaxerxes pidió ademas y obtuvo para sus aliados los Atenienses las islas de Sciros, Lemnos, é Imbros. Tratado vergonzoso, que pinta tristemente la humillacion de los Griegos.

LECCION XIV.*LA REPUBLICA DE TEBAS.*

1. En tanto que Atenas y Esparta tendian tan visiblemente á su decadencia, la república Tebana salió de la oscuridad, y se alzó por algun tiempo á tal esplendor, que eclipsó á todos los estados contemporáneos. Dividióse en facciones, y un partido sostenia la democracia antigua, mientras otro queria establecer una oligarquía. Este pidió favor á los Espartanos, que aprovecharon la ocasion para apoderarse de la ciudad. Cuatrocientos desterrados Tebanos huyeron á Atenas, buscando proteccion, y uno de ellos era Pelópidas, que proyectó y realizó la libertad de su pátria. Disfrazóse de campesino, en compañía de doce amigos suyos, entró de noche en Tebas, y uniéndose á una reunion patriótica de ciudadanos, sorprendió á los cabezas de la usurpacion entre el tumulto de un festin, y les hizo dar muerte. Epaminondas, amigo de Pelópidas, dividió con él la gloria de esta empresa, y atacando con el auxilio de quinientos Atenienses á la guarnicion laacedemonia, la echó del territorio tebano.
2. Siguióse necesariamente una guerra en-

tre Tebas y Esparta, y Atenas fué algun tiempo auxiliador de la primera. Tebas sola arrojó el poder de Esparta y la liga de Grecia; pero Epaminondas y Pelópidas eran sus generales. El último, en medio de su carrera gloriosa, pereció en una expedicion contra el tirano de Ferea. Epaminondas, vencedor en las batallas de Leuctra y Mantinea, sucumbió en la última, y con él espiraron la gloria y fuerza de su pátria. (363 A. C.) Atenas y Esparta quedaron humilladas en Mantinea. Tebas venció, pero quedó desarmada con la muerte de Epaminondas. Todos estaban cansados de la guerra, y Artaxerxes, mas poderoso entre aquellos pueblos infatuados que en sus propios dominios, dictó las condiciones del tratado. Estipulóse que cada estado retuviese lo que poseia, y que los inferiores, que quedaban libres del yugo de los mas fuertes, permanecieran de aquel modo.

LECCION XV.*FILIPO DE MACEDONIA.*

- I. ESTABA la Grecia en la situacion mas abyecta. El espíritu de patriotismo parecia enteramente estinguido, y la gloria militar acabada. Atenas habia perdido toda su ambicion: los placeres del lujo habian suplantado

á las virtudes heroicas: los poetas, músicos, escultores, y comediantes eran los grandes hombres de Atica. Esparta, no menos trocada de la severidad de sus costumbres antiguas, y con su poder limitado por la nueva independencia de los estados del Peloponeso, no podia intentar el recobro de su anterior grandeza. Tal era el estado de cosas, cuando Filipo, rey de Macedonia, formó el ambicioso proyecto de dominar á toda la Grecia.

2. Habia subido al trono por eleccion popular, violando el derecho establecido de los herederos mas inmediatos de la corona, y aseguró su autoridad venciendo á los Ilirios, Peonios y Atenieses, que favorecian á sus competidores. Unia el artificio y destreza mas consumada á grandes talentos militares, y tenia agentes pagados en toda la Grecia, para que dirigiesen á favor suyo las medidas públicas. La política miserable de aquellos estados, envueltos en querellas perpetuas, cooperaba con sus designios. Una tentativa sacrilega de los Focios para saquear el templo de Delfos, excitó la *Guerra sagrada*, en que tomaron parte todas las repúblicas. Los Tebanos y Tesalienses imploraron el auxilio de Filipo, y comenzó este las hostilidades con la invasion de Focis, llave del territorio de Atica. El orador

Esquines, vendido á Filipo, trató de acallar los terrores de los Atenieses, atribuyéndole solo el designio de castigar el sacrilegio y vindicar la causa de Apolo. Demóstenes, con patriotismo ardiente y verdadero, espuso los artificiosos designios del invasor, y con la elocuencia mas animada excitó á sus conciudadanos á hacer un esfuerzo vigoroso para conservar sus libertades. Mas le abandonó la fortuna. La batalla de Queronea decidió la suerte de Grecia, y sojuzgó todos sus estados al rey de Macedonia. (337 A. C.) Mas no era político tratarlos como pueblos conquistados. Conservaron sus gobiernos separados é independientes, y él dominaba y dirigia todas las medidas nacionales. Convocó un consejo general de los estados, que le nombró comandante en jefe de las fuerzas de la nacion, y aprobó su proyecto de conquistar la Persia, señalando á cada república los subsidios proporcionales con que debería contribuir al efecto. En vísperas de acometer aquella grande empresa le asesinó Pausanias, capitán de sus guardias, en venganza de un agravio particular. (336 A. C.) Los Atenieses mostraron bajamente la alegría mas tumultuaria por la muerte de Filipo: tal vez creian recobrar su libertad, pero esta esperanza visionaria jamas pudo rea-

lizarse. El espíritu de la nacion ya no existia, y en sus revoluciones subsecuentes no hicieron mas que mudar de señores.

LECCION XVI.

ALEJANDRO EL GRANDE.

1. ALEJANDRO, hijo de Filipo, le sucedió en el trono de Macedonia á la edad de veinte años, y después de algunas batallas felices contra los estados que se alzaron, obtuvo tambien el mando de la Grecia. Reunió los diputados de la nacion en Corinto, y les comunicó su resolucion de realizar los designios de su padre sobre la conquista de Persia.

2. Con un ejército de treinta mil infantes y cinco mil caballos, la suma de setenta talentos y provisiones para un mes, atravesó el Helesponto, y al pasar por Frigia visitó el sepulcro de Aquiles. Dario Codomano, resuelto á destruir de un golpe á aquel jóven imprudente, le salió al encuentro en las orillas del Gránico con cien mil infantes y diez mil caballos. Los Griegos atravesaron el rio á nado, con el rey á su cabeza, atacaron á los Persas atónitos, y dejaron en el campo veinte mil muertos, poniendo á los demas en desordenada fuga.

Alejandro, para quien este primer triunfo era presagio de una larga série de victorias, despidió su escuadra, y dejó á su ejército en la alternativa de perecer ó subyugar el Asia. Prosiguió su camino sin resistencia, hasta que volvieron á atacarle los Persas junto á la ciudad de Iso, en un valle estrecho de Cilicia. El ejército Persa llegaba á cuatrocientos mil hombres, pero su posicion era tal, que solo un corto número podia combatir á la vez, y así fué derrotado con espantosa matanza.

3. Después de la batalla de Iso, mostró Alejandro su generosidad en la atencion con que trató á la madre, esposa é hijas de Dario, sus prisioneras. Debe confesarse en honor de Alejandro que la humanidad formaba parte de su carácter natural, aunque á veces la sofocaban sus pasiones violentas.

4. La consecuencia de la batalla de Iso, fué la sumision de toda la Siria. El gobernador de Damasco, donde guardaba Darius sus principales tesoros, la entregó al vencedor. Los Fenicios se alegraron al verse vengados de la opresion que sufrían bajo el yugo de Persia.

5. Hasta aquí habia llevado Alejandro con moderacion el peso de su prosperidad. *Feliz, dice Curcio, si hubiera conservado esta templanza hasta el término de su vida!*

Mas aún no habia envenenado su alma la fortuna. Dirigióse á Tiro, y pidió entrada para ofrecer un sacrificio á Hércules. Los Tiroios le cerraron las puertas, y se defendieron noblemente siete meses. Al fin tomó la ciudad por asalto, y cebó su venganza en la carnicería inhumana de ocho mil habitantes. Gaza, defendida gloriosamente por Betis, tuvo una suerte tan deplorable para los habitantes como la de Tiro, y aun mas infamatoria al conquistador. Vendiéronse por esclavos diez mil de los primeros, y su valeroso caudillo fué arrastrado por el carro del vencedor, quien se gloriaba de que con aquel acto de ferocidad imitaba á Aquiles, de quien se decía descendiente.

6. La toma de Gaza abrió el Egipto á Alejandro, y todo él se le sometió sin oposicion. El rumbo que tomó entonces, demostró que no seguia un plan determinado en sus conquistas. Condujo á su ejército por entre las mas increíbles fatigas á visitar el templo de *Júpiter Ammon*, á quien llamaba su padre. A su vuelta edificó en la boca del Nilo á Alejandría, ciudad que fué despues la capital del bajo Egipto, y una de las mas florecientes del mundo. En el curso de sus expediciones fundó otras veinte ciudades con el mismo nombre. Obras

como estas son las que justamente le autorizan al nombre de grande. Con alzar en desiertos aquellas fuentes de poblacion é industria, reparó de algun modo el furor y la asolacion de sus conquistas. A no ser por estos monumentos de su gloria, no hubiera merecido otro epíteto que el de *asesino poderoso*, que le impusieron los bramínes de la India.

7. A su vuelta de Egipto, atravesó Alejandro la Asiria, y en Arbela se encontró con Dario, á la cabeza de setecientos mil hombres. El persa le habia ofrecido la paz, consintiendo en ceder todo el territorio desde el Eufrates hasta el Helesponto, dar su hija en matrimonio al Macedon, y pagar la enorme suma de diez mil talentos. Alejandro rechazó con altivez tales proposiciones, y solo ofreció la paz con tal que su enemigo se le entregase á discrecion. Los Persas quedaron derrotados en Arbela con pérdida de trescientos mil hombres. Dario huyó de provincia en provincia, hasta que al cabo fué asesinado cruelmente por Beso, uno de sus sátrapas; y el imperio Persa, que habia durado doscientos seis años desde el tiempo de Ciro el grande, se sometió al rey de Macedonia. (330 A. C.)

8. Entonces Alejandro, creyendo firmemente que los Dioses le habian destinado

la soberanía de todo el globo habitable, proyectó la conquista de la India. Penetró hasta el Ganges, y hubiera salido al Océano oriental, si el valor de su ejército hubiera sido igual á su ambición. Pero sus tropas, que no alcanzaban á ver el fin de sus fatigas, se negaron á pasar adelante. Volvióse al Indo, y despachó su escuadra á las órdenes de Nearcho, para que costeara hasta el golfo Pérsico. El marchó con el ejército á Persépolis, atravesando el desierto.

9. Indignado porque halló límites á sus conquistas, se abandonó á los excesos del lujo y de la crápula. La arrogancia de su natural y el ardor de sus pasiones, inflamadas por una intemperancia continua, se exhalaban en los actos mas odiosos de crueldad, que en sus cortos intervalos de reflexión tranquila, penetraban su alma noble con los mas agudos remordimientos. De Persépolis volvió á Babilonia, y allí murió en un acceso de embriaguez, á los treinta y tres años de su edad, y trece de su reinado.

10. Han apreciado su carácter de varios modos, los mas de ellos opuestos y contradictorios. Al paso que algunos le miran como un furioso afortunado, otros le celebran por la sabiduría, solidez y grandeza de sus ideas políticas. Rara vez se encuentra la ver-

dad en el aplauso ó la censura llevados al extremo. Podemos conceder á Alejandro el espíritu y los talentos de un gran génio militar, sin agregarle los planes sóbrios de un político profundo. Si examinamos su carácter moral, vemos un natural ingénuo y elegante, corrompido al fin por una larga serie de prosperidad; y observamos un ejemplo terrible de la fatal violencia de las pasiones, cuando la eminencia de la fortuna las priva de todo freno, y la lisonja estimula su satisfacción ilimitada.

LECCION XVII.

LOS SUCEORES DE ALEJANDRO.

1. ALEJANDRO moribundo no quiso nombrar sucesor, pero dió su anillo á Perdicas, uno de sus oficiales. Cuando sus cortesanos le preguntaron á quien queria dejar el imperio despues de su muerte, respondió: *Al mas digno*; y segun dicen, preveía las extraordinarias exêquias que le preparaba aquel legado.

2. Perdicas, conociendo que sus pretensiones no podian justificar una usurpacion directa del gobierno de aquel vasto imperio, hizo una division de todo él entre unos treinta y tres de los principales gefes; confiado